

queo continental, lo que era tanto como ponerse bajo la férula de Napoleón. Carlos Augusto murió de un ataque de apoplejía el veintiocho de Mayo de mil ochocientos diez, y los suecos debieron pensar en elegir otro sucesor á la corona. Carlos XIII inclinábase al hermano del príncipe de Augustemburgo; pero su aceptación del bloqueo le sujetaba de tal modo á la voluntad del Emperador de los franceses, que no se atrevió á hacer nada sin contar con su beneplácito. Le escribió, pues, manifestándole cuales eran sus deseos y pidiéndole apoyo y consejos. Napoleón prefería otro candidato; mas no queriendo declararlo francamente, aparentó aprobar la designación de Carlos XIII y empujó bajo cuerda al rey de Dinamarca á solicitar el cargo vacante. Hizolo así Federico VI, en carta dirigida á Carlos XIII; y como era, con razón ó sin ella, muy impopular en Suecia, el solo anuncio de su pretensión provocó el enojo de todos. El saberse semioficialmente que contaba con el voto favorable de Napoleón no amenguó la antipatía que su nombre inspiraba. Sin embargo, Desaugiers, representante de Francia en Stokolmo, afirmaba «basta una palabra del Emperador para decidir el asunto.» Aunque se ignora la causa, ni la palabra se pronunció, ni se enviaron instrucciones á Desaugiers.

Carlos XIII se veía sumamente apurado, teniendo que optar entre un pretendiente aborrecible á la nación y un candidato desagradable al fiero déspota. Como medio de conjurar el conflicto asaltó á alguien la idea de elegir á un extranjero. Muchos suecos distinguidos habían estado en relaciones con Bernadotte cuando los ejércitos imperiales ocupaban la Pomerania, quedando encantados de la afabilidad de sus maneras, la viveza de su ingenio y la extensión de sus conocimientos. Bernadotte, además, se había granjeado las simpatías del pueblo con su amabilidad y buen trato. Parece que el primero que tuvo el pensamiento de elevar al mariscal francés al trono de Carlos XII fué un miembro obscuro de la Dieta, el Mörner, simple oficial del ejército. Hombre enérgico, fué en el acto á París y ofreció el principado á Bernadotte, en nombre de un partido que no existía. Napoleón se enteró, y nada dijo. Estaba ya de regreso Mörner en Stokolmo, trabajando ardientemente en favor de su candidato, cuando informaron de la intriga á Lagerbielke embajador sueco en la corte de Francia, el cual procuró explorar las intenciones de Napoleón, hablando del asunto con Champagni. Este, como Napoleón, afectó no concederle importancia. Los partidarios de Bernadotte se aprovecharon de esta indecisión.

Los Estados succos se reunieron en Agosto de mil ochocientos diez. Su comité propuso la candidatura del duque de Augustemburgo, aunque el interesado se negaba obstinadamente á dar su consentimiento. En esto llegó de Francia un agente secreto de Bernadotte, antiguo vicecónsul francés, residente en Goethemburgo, esparciéndose el rumor de que llevaba la aceptación de Bernadotte y el asentimiento del Emperador. Cesaron entonces todas las vacilaciones. El rey recomendó á la Dieta al candidato francés en los términos más lisonjeros, y los Estados le proclamaron por gran mayoría príncipe real.

Tan luego como comunicaron á Napoleón la partida del agente secreto de Bernadotte, envió despachos desautorizándole. «No puedo creer, mandó que se escribiera á Desaugiers, que ese individuo tenga la imprudencia de decir que es portador de misión alguna». Los despachos, empero, se recibieron tarde, y Napoleón hubo de inclinarse ante el hecho consumado y resignarse á consagrar la fortuna de un hombre á quien odiaba desde hacía tiempo. Cuando Carlos XIII le participó lo acordado, dejó traslucir su mal humor, respondiéndole bastante secamente: «No estaba preparado para esa noticia». A pesar de no haber desempeñado más papel que el que acabamos de referir en la elevación de Bernadotte, más adelante debía quejarse con amargura de la ingratitud de su antiguo mariscal, como se lamentaba del desagradecimiento del emperador de Austria, á quien despojara de la mitad de sus Estados. Los suecos conocieron pronto que si Napoleón se había conformado con el nombramiento de Bernadotte, no estaba en modo alguno satisfecho. Rusia, sin embargo, consideró la elección perjudicial á sus intereses, y no creyó en la sinceridad de las explicaciones de su aliado de Tilsit.

Persistiendo en su política anexionista, el Emperador de los franceses incorporó al Imperio, el trece de Diciembre, de mil ochocientos diez, el Valais, el ducado de Oldemburgo, los principados de Salm y de Aremburg, parte del gran ducado de Berg, parte del Hanóver, un departamento del reino de Westfalia y las tres ciudades anseáticas, sin curarse siquiera de cohonestar con ninguna razón atendible las nuevas usurpaciones, que llevó á efecto mediante senado-consultos, sustituyendo así al derecho de gentes y al sistema de los tratados el régimen de los decretos. Los príncipes de Alemania se sintieron amenazados, y el czar Alejandro se dispuso á adoptar una resolución decisiva. Las últimas anexiones le herían en lo vivo. Por una parte, Napoleón, que tenía guarnición en Dantzig y amagaba volver á ocupar la Pomerania sueca, pretextando que el gobierno de Stokolmo no observaba fielmente las reglas del bloqueo continental, venía, con la reunión de Lübeck, á ser el factor más influyente en el mar Báltico, en donde Pedro el Grande quiso consolidar la supremacía perpétua del Imperio moscovita; por otra, uno de los príncipes desposeídos, el duque de Oldemburgo, era cuñado del autócrata ruso, al cual pidió en seguida la restauración de su pariente ó que se le indemnizara. No se engañó Alejandro al calcular que, dado el carácter de su antagonista, la guerra iba á ser inevitable, y, en su consecuencia, se preparó á hacerla con todas sus fuerzas, no cuidándose de disimular sus armamentos. No obstante, creyó necesario conservar una actitud puramente defensiva en apariencia, si bien subordinó este criterio al resultado de negociaciones que tenía pendientes por otro lado. De ellas debemos hablar.

Alejandro no había renunciado nunca del todo al sueño que acariciaba en su juventud de reconciliar á Polonia con Rusia. Habiendo tenido que aplazar este proyecto indefinidamente, movióle á intentar su ejecución la cláusula de la paz de Viena, por la que se in-

corporaba al gran ducado de Varsovia parte de Galitzia, y más que nada, la perspectiva de una nueva guerra con Francia. En el instante, pues, que Napoleón rehusaba ratificar el tratado de cuatro de Enero de mil ochocientos nueve, Alejandro reanudaba sus relaciones con el príncipe Czartoryski, su antiguo amigo y confidente, permitiéndole entrever la posibilidad de un arreglo con Polonia. Algo escéptico, Czartoryski le expuso las dificultades del proyecto, la adhesión de sus compatriotas á Francia y los obstáculos que encontraría en Napoleón. No se dió por vencido el Monarca ruso, y el veinticinco de Diciembre, viendo que arriaba el peligro del rompimiento, substituyó sus vagas promesas anteriores con proposiciones claras y precisas, preguntando á Czartoryski si, á su juicio, los varsovianos acogerían solícitos la certidumbre, no la probabilidad, de su regeneración, uniéndose á la potencia que se la diese, fuese cual fuera. «Sí, contestó en el acto el príncipe; la certidumbre de la regeneración de Polonia será recibida con gozo y reconocimiento, venga de donde venga, *siempre que se pueda hacerla nacer*». Pero aquí estaba realmente el nudo de la dificultad. Por grandes que fuesen los motivos que tuvieran los polacos para no confiar en Napoleón, les había persuadido de que su propósito era emanciparlos y aun no dudaban de la lealtad de sus palabras. Además los veinte mil polacos que había en los ejércitos franceses de España, eran otros tantos rehenes en manos del Emperador. Con todo, consideraba posible Czartoryski agrupar bajo una misma bandera á la mayoría de sus compatriotas, ofreciéndoles estas tres cosas: «Constitución de Polonia de mil setecientos noventa y uno; reunión de todo el reino bajo un solo cetro; las ventajas comerciales que necesitaban». Alejandro dió el paso decisivo; unidad de Polonia, constitución liberal, todo se lo prometió al príncipe: no puso sino dos condiciones *sine qua non*: una, que Polonia formara un reino unido á Rusia, cuyo Emperador llevaría juntamente con este título el de Rey, y otra, que los personajes polacos de más prestigio se comprometieran seriamente á cumplir lo pactado. Si estas dos condiciones eran aceptadas, estaba decidido á proclamar inmediatamente la restauración de Polonia y atacar á su rival, no obstante repugnarle el papel de agrésor. Sin duda, Alejandro se expresaba con sinceridad; pero el príncipe de Czartoryski, cualesquiera que fuesen su celo y patriotismo, no pudo brindarle las seguridades que exigía, y el proyecto de restablecer el reino de Polonia quedó abandonado.

Napoleón también apercibiase á la guerra, aunque á medida que mayor actividad desplegaba en sus aprestos, más afectuosas eran sus protestas de paz y amistad. «No quiero que ninguno de mis actos, escribía el diez y siete de Febrero de mil ochocientos once, pueda ser desagradable al emperador Alejandro. He hecho cuanto de mí depende ofreciendo Erfurt como indemnización al príncipe de Oldemburgo. *Los términos del senado-consulta están terminantes*». «Encargaréis al duque de Vicenza (Coulaincourt), proseguía, que declare al Emperador que, por mi parte, persisto en la alianza; que no preveo

ninguna circunstancia capaz de obligarme á entrar en guerra con Rusia, fuera del caso que favoreciese á Inglaterra; *que no estoy en inteligencia con nadie*». Esto decía, y el mismo día, á la misma hora, dirigía proposiciones de alianza á Turquía, que se apresuró á denunciarlas á Europa, y poco después, el veinticinco, mandaba que se dijese á Austria: «Francia ve con pena el aumento de territorio que proporciona á Rusia la ocupación de las dos provincias de Moldavia y Valaquia; pero habiendo consentido en esta ocupación por odio á Austria cuando la entrevista de Erfurt, no puede oponerse ahora á ella sin apelar á las armas. Para Francia, la cuestión es de interés secundario; para Austria, de interés capital. ¿Qué se halla Austria dispuesta á hacer á fin de impedir la anexión? ¿Será tan grande su disgusto que le impulse á no temer la guerra con Rusia?»

Sabedor Alejandro de los pasos que daba la diplomacia francesa, no sólo por sus agentes, sino por las mismas cortes extranjeras interesadas en informarle de los manejos del común enemigo, y conociendo igualmente los preparativos bélicos de Francia, puede comprenderse el caso que haría de las amistosas frases de Napoleón.

Parecía éste presentir á veces que la guerra con Rusia iba á ser causa de su ruina; pero una especie de fatalidad, engendrada por su orgullo y sus faltas pasadas, le empujaba hacia adelante. Quizás procedía de buena fe cuando propuso á Alejandro volver á la antigua amistad. Sin embargo, no podía ni restituir sus Estados al duque de Oldemburgo ni indemnizarle de la pérdida sufrida con la largueza necesaria para dejar contento al Czar sin contradecirse á sí mismo, sin desmentir la idea que se había forjado de su poder ó infalibilidad. Su soberbia, su endiosamiento eran obstáculos insuperables á la reconciliación; y como Alejandro, por su parte, no estaba menos resuelto á perseverar en su actitud, al no retroceder el uno y al avanzar el otro, el choque debía producirse necesariamente. Así es que repitiendo sin cesar, «no quiero la guerra», Napoleón se sentía arrastrado á ella y declarábase impotente para vencer la atracción que sobre él ejercía. «La guerra estallará, confesaba en una carta dirigida al rey de Wurtemberg, estallará á pesar mío, á pesar del emperador Alejandro, á pesar de los intereses de Francia y de los de Rusia. He visto cosa semejante más de una vez, y la experiencia de lo pasado descorre á mis ojos el velo de lo porvenir. No es todo esto sino una escena de ópera, de que los ingleses tienen la maquinaria». Estas frases son elocuentes y pintan bien el estado de ánimo del opresor de Europa, sólo que en lugar de culparse á sí propio, quería hacer responsable á Inglaterra, la aborrecida rival, de la tremenda conflagración, que predecía con la misma seguridad que si se tratase de un fenómeno de la naturaleza.

Una protesta digna y firme del gabinete de Rusia había enterado del conflicto surgido entre los dos emperadores á los demás gobiernos europeos, que, ocultando sus verdaderos sentimientos, amoldaron su línea de conducta á las circunstancias especiales por que atravesaba el Continente. Su anhelo más vivo era el triunfo de Rusia, pero no ignoraban